

VIVENCIAS DE UNA LUCHA: REFLEXIONES FRENTE A LA EXPERIENCIA DE UNA SOBREVIVIENTE DEL CONFLICTO ARMANDO EN EL CARMEN DE BOLÍVAR-COLOMBIA

EXPERIENCES OF A STRUGGLE THAT
SEEKS TO FINISH: REFLECTIONS ON THE
EXPERIENCE OF A SURVIVOR OF THE
ARMED CONFLICT IN THE CARMEN OF
BOLÍVAR - COLOMBIA

*Ariana Marcela Salazar Cohen**

Recibido: marzo 7 de 2018 – **Aprobado:** abril 9 de 2018 – **Publicado:** julio 17 de 2018

Documento de reflexión¹

Forma de citar este artículo en APA:

Salazar, C. Ariana M. (julio-diciembre, 2018). Vivencias de una lucha que busca acabar: Reflexiones frente a la experiencia de una sobreviviente del conflicto armado en el Carmen de Bolívar – Colombia. *Summa Iuris*, 6(2), pp. 323-340.

DOI: <https://doi.org/10.21501/23394536.3181>

“La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado”.

Gabriel García Márquez (1985)

Resumen

Las siguientes reflexiones, relatan las vivencias de la autora y su proceso de emancipación y construcción de ciudadanía, en un contexto marcado por la violencia y el dolor vivido también por miembros de su familia, convirtiéndose estos hechos en una plataforma para la lucha y la comprensión de un escenario social que amerita ser transformado y así generar espacios de inclusión social.

* Trabajadora Social de la Universidad de Cartagena, investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación de la Universidad de Cartagena. Gestora Social del Programa Familias en su Tierra intervención V en la zona rural de El Carmen de Bolívar, liderado por la Fundación Panamericana para el Desarrollo-FUPAD y financiado por Prosperidad Social. Correo electrónico: – 19ariana@hotmail.es

¹ Derivado del proyecto denominado “Reflexiones frente a la experiencia de una sobreviviente del conflicto armado en el Carmen de Bolívar – Colombia”.

Este documento además busca generar una reflexión frente al trabajo desarrollado desde los programas de intervención con las poblaciones afectadas por la violencia, buscando brindar algunos aportes para el abordaje del proceso de posconflicto desde la perspectiva del Trabajo Social, entendiendo el panorama de polarización económica, política y social por la que atraviesa Colombia.

Palabras clave

Vivencias; Conflicto Armado; Paz; Reconocimiento de derechos; Reconciliación.

Abstract

The following investigative reflections recount the experiences of the author and her process of emancipation and construction of citizenship, in a context marked by violence and pain also experienced by members of her family, making these facts a platform for the struggle and the understanding of a social scenario that deserves to be transformed and thus generate spaces for social inclusion. After transitioning through professional training, which turned her into a Social Worker today; she works with victims in Montes de María, where she shows her sensitivity, generating transformation spaces from basis up. This research also seeks to generate a reflection on the work developed from intervention programs with population affected by violence, seeking to provide some input for the approach of the post-conflict process from the perspective of Social Work, understanding the panorama of economic polarization, politics and social situation that Colombia is going through.

Keywords

Experiences; Armed conflict; Peace; Recognition of rights; Reconciliation.

INTRODUCCIÓN

La lucha política y armada en Colombia es uno de los hechos sociales e históricos que ha dejado incalculables secuelas. Una lucha que arrebató sueños destruyendo así el tejido social. Es en este escenario donde muchas víctimas recuerdan las experiencias vividas, como una forma de emancipación, desde una posición resiliente, creyendo que a través de la narración se reivindica y se construyen lazos pacíficos.

Por tanto, se apuesta a un quehacer, el cual reclame los derechos de los otros, a partir de la gestión y veeduría de la ejecución de las políticas públicas y así actuar como agentes de cambio.

CONTEXTO

Nos convoca un tema trascendental para los gestores sociales que se inscriben en la lucha y causa por un mundo mejor, la paz, el reconocimiento y la reconciliación. Desde este espacio, hablo como colega y compañera de esta lucha, y sueño, que se construye con el aporte que cada uno de nosotros esté dispuesto a dar para la construcción del otro, a través del reconocimiento de sus derechos y diferencias.

Hoy soy protagonista de mi propia vida, experiencia e historia, intentará recrear en estas líneas una forma de aportar al imaginario de reconciliación y la paz.

Soy colombiana, país que hoy nos llama la atención por sus múltiples contrastes, luchas y riquezas. Lugar de hermosos paisajes, pero con poblaciones insertas en la miseria, donde la gente baila y canta al son de los tambores, la guacharaca, maracas y acordeón, pero también llora por la muerte, el secuestro y el despojo de su nación. Un escenario de sueños, de batallas de flores, donde se celebra el carnaval de negros y blancos, y se discrimina por serlo. Sin embargo, como lo recita Gabriel García Márquez “creo que todavía no es demasiado tarde para construir una utopía que nos permita compartir la tierra” (García Márquez, 1962).

Nací en El Carmen de Bolívar, municipio ubicado a 114 km al sudeste de Cartagena de Indias, con una población aproximadamente de 100 mil habitantes (DANE, 2005). Los Montes de María, tierra de aguacate, yuca y ñame, llena de gente buena, solidaria y amable, con la que podías contar mientras ibas por las calles, y el sol inclemente encendía la sed. Eso ya no ocurre, el temor a ser lastimado ha hecho que las casas estén cerradas, por haber sido escenario de la lucha por el territorio en el conflicto armado colombiano.

Esta lucha territorial, motivada por ser los Montes de María un lugar trascendental, por la cercanía al Golfo de Morisquillo, situado en su lado occidental, y usado como epicentro para el tráfico ilegal de armas; zona aprovechada por narcotraficantes, quienes negociaban la cocaína que se producía en la Serranía de San Lucas (Sur de Bolívar) y el Bajo Cauca, en su ruta hacia el exterior; y por los grupos paramilitares y la guerrilla, también en busca de rutas para el contrabando de armamento, y sus alianzas con los narcotraficantes (Grupo de Memoria Histórica, 2009, p. 15).

Los Montes de María, fue escenario de grandes protestas de la población campesina de los años 70, generando impactos en los procesos sociales y políticos, que emergieron en los cálculos estratégicos de organizaciones guerrilleras, como el Ejército Popular de Liberación, el Partido Revolucionario de los Trabajadores y finalmente las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) (Grupo de Memoria Histórica, 2009, p. 20).

VIVENCIA

Mi familia tiene sus orígenes en el corregimiento de El Salado; mi madre, abuelos, bisabuelos y tatarabuelo crecieron en esa población. Mi madre y mis abuelos dejaron el campo por el conflicto armado y se trasladaron a El Carmen de Bolívar, donde mi madre se conoció con mi padre, quien era campesino y fue asesinado cuando mi hermana tenía 1 año de edad y yo cumpliría 4. Sin embargo, nunca se perdió el contacto con esta zona, debido a que mis abuelos poseían tierras, mis tíos trabajaban en el campo, y muchos familiares aún vivían en ese lugar.

El Salado está ubicado al sureste del Carmen de Bolívar, a una distancia de 18 km. Puedo decir que pasar por ese camino a las 6 de la tarde, es tener el privilegio de observar la puesta de sol más hermosa que he visto en mi vida, puedes ver el verde de las montañas cuando dejan de ser bañadas por la luz del sol.

Es en El Salado donde ocurre una de las historias más tristes de los Montes de María. La guerrilla intenta capturar la población de esta localidad, con la intención de suplir los rezagos institucionales. Mi tía decía: *“el Salado tuvo la culpa, porque la guerrilla les preguntó ¿quieren que nos quedemos?”*. Esta posición era muy compleja, ¿Quién brindaba garantías de que, si no aceptaban, no arremeterían contra el pueblo? Cuando no existía una presencia militar sólida que garantizara la seguridad de la población.

Al final la guerrilla no fue capaz de actuar ni como protectora ni como proveedora de servicios que le garantizaran una relación duradera con las comunidades. En esta situación, las comunidades no saben a qué atenerse con los grupos armados, si verlos como protectores o como provocadores; pero lo que resulta incuestionable es que los objetivos del grupo armado no eran los mismos de la población” (Grupo de Memoria Histórica, 2009, p. 25).

En El Salado las FARC tenían un objetivo muy particular, el cual no iba de acuerdo con los de la comunidad, por lo que nunca pensaron en las necesidades y cotidianidades de sus habitantes. Aún puedo escuchar a mi tía, que en lágrimas me decía: *“El salado era mejor que El Carmen, en todo. El Salado llevaba la yuca, el ñame y la carne, había agua y en El Carmen no”*.

Esta presencia de actores armados insurgentes, abrió paso a la etapa inicial del conflicto, al señalamiento de la población como subversiva, lo que, sumado a su ubicación geoestratégica en la competencia armada de las FARC y el paramilitarismo, dejó a la comunidad, como múltiples zonas del país, en medio del fuego cruzado (Grupo de Memoria Histórica, 2009, p. 10).

El Salado, corregimiento de El Carmen de Bolívar, es reconocido como uno de los epicentros de las masacres más notorias y cruentas en la escala de eventos de violencia masiva llevadas a cabo por los paramilitares en Colombia, entre 1999 y el 2000. Esta ha sido la página doblada de esta población, su gran impacto ha sido casi irrevocable debido a la herida imborrable que dejó en las vidas de los que experimentamos estos hechos. Entre ellos mis tías, tíos, abuelos, primos, madre y hermanos, hecho que significó para la familia un arrebato doloroso en el año 2000.

Una semana antes de lo ocurrido en El Salado entre el 16 y el 21 de febrero, mientras estaba en la puerta de mi casa, mi tío se despidió de mi madre, en ese momento ya nos habíamos enterado de lo que ocurriría en El Salado. Se preguntarán, ¿cómo así que ya sabíamos? En Cartagena ya sabían, y el Gobierno también, por lo que resalto la hipocresía estatal en estos hechos. Mi madre le reiteró a mi tío que no fuera al pueblo, que viera lo que estaba pasando, él paró su bicicleta y dijo: *“de malas si me toca”*. Recuerdo estas palabras como si fuera ayer.

La masacre es la modalidad de violencia más contundente y de gran impacto sobre la población civil en ese período de 1999 al 2001; en la región de los Montes de María, ese temporal de violencia se materializó en 42 masacres, que dejaron 354 víctimas fatales, “estos actos fueron observados como un triunfo paramilitar, llevando a pensar en aquel momento, en un sólido repartimiento del país entre un norte contrainsurgente y un sur guerrillero (Grupo de Memoria Histórica, 2009, p. 9).

Mi tío hizo parte de los desaparecidos, el 18 de febrero del año 2000, con la toma del Bloque Sur de las autodefensas Unidas de Colombia (AUC) lideradas por Rodrigo Tovar Pupo alias <Jorge 40> (Ordenada por Carlos Castaño y al entonces capitán de corbeta de la Armada Héctor Martín Pita Vásquez (Grupo de Memoria Histórica, 2009, p. 24).

Para el dolor de muchas familias, el grupo al margen de la ley (las FARC), había salido de El Salado, y las víctimas fueron sus habitantes. Hubo violaciones, torturas. Muchos de los habitantes, señalados de colaborar

con la guerrilla, fueron tomados y llevados a la cancha o campo deportivo del pueblo, entre ellos mi tío, quien es torturado con un cigarro encendido, mutilado en una oreja y luego estrangulado con un cáñamo.

El despliegue de 450 paramilitares, el sobrevuelo de helicópteros, la concentración forzosa de pobladores y el prolongado encierro al que sometieron el corregimiento, fue el escenario estratégico para tan indignante episodio. Durante el recorrido cruento por El Salado y sus alrededores, ocurrido entre el 16 y 21 de febrero de 2000, no solo arrancaron la vida a 60 personas, sino que implantaron un escenario público de terror, donde los habitantes del poblado eran potenciales víctimas (Grupo de Memoria Histórica, 2009, p. 10).

Luego de ocurridos los hechos, nos queda el pesar de no haber hecho algo más para evitar esa tragedia familiar. *"Yo se lo dije"* decía mi madre. *"Es la hija quien tuvo la culpa, pa que hizo que se devolviera"*. Son lamentos que claman por un regreso al pasado, con un anhelo irreal que solo queda grabado en las mentes de quienes vivenciamos tan catastróficos hechos. La tarde lluviosa del 18 de febrero, casi siendo las 17 horas, mientras disfrutaba de la lluvia (uno de mis mayores placeres, y cuando tengo la oportunidad lo hago), escuché a mi madre llorar, no sabía por qué lo hacía, pero contagió a mi abuela y a mis hermanos; al ver la escena me uní al llanto, aún ignorante de lo que sucedía.

Ese año 2000, año de tristezas, dolor e indignación. Aún puedo recordar claramente lo que ocurrió el 18 de agosto. En esos días, la comunidad de El Carmen de Bolívar debía estar en sus casas antes de las 6 de la tarde; el temor a que la guerrilla o los paramilitares se enfrentaran, había invadido el corazón y el dolor de los Cameros.

Ese 18 de agosto me encontraba manejando una bicicleta en el parque, frente a mi casa, cuando escuché y vi la explosión de una bomba, que, a tres cuadras, en una ferretería había detonado. Mi hermano me tomó del brazo y me llevó a la casa, mientras mi madre para calmar los nervios, me preparaba un vaso de agua con azúcar. El frente 37 de las FARC, fue el autor de este hecho. Ese día es recordado por muchos habitantes del

pueblo. Tres jóvenes que salían del colegio coincidieron al momento de la detonación, una sustancia inflamable cayó encima de ellas causándoles graves heridas.

Recuerdo sus cuerpos vendados, escuchando las noticias de cómo cada una iba perdiendo la vida. Fueron muchas las manifestaciones, y acciones pacíficas de rechazo, que quedaron grabados en los corazones de todos aquellos que han experimentado el drama de la violencia.

Esas noches fueron las más tormentosas, podíamos escuchar disparos cerca del vecindario. Se viene a mi mente el rostro temeroso de mi madre, quien con una vela en sus manos nos despertaba cuidadosamente, para que bajáramos el colchón y lo colocáramos en el piso, por temor a que una bala atravesara las paredes.

En esos momentos amé tanto mi casa, pues escuchaba decir a mi madre *“menos mal que la casa es de bareque² así las balas no entran”*. Al lado de mi casa, y a dos cuadras colocaron una bomba, de la que recuerdo no hubo pérdidas humanas, pero si se perdió la esperanza, la paz y la tranquilidad.

No solo mi tío desapareció, también un primo cuya familia se fue a vivir a mi casa. Su equipaje eran unas gallinas, ropa, tazas, pero el equipaje más pesado era su dolor y sus sueños rotos.

No comprendía la magnitud del problema, solo me sentía contenta porque había visitas en mi casa. Andrés³, el hijo menor del primo, era muy *“raro”*, siempre lo vi así, con rareza. Igual como son vistas muchas de las poblaciones que fueron víctimas del conflicto. El siguiente relato textual evidencia la experiencia de una víctima del conflicto.

A uno lo miran como si fuera menos, como si uno fuera lo peor porque dicen que somos invasores, o un bicho raro. Porque se dan cuenta que uno es desplazado peor, dicen: ahhh estos desplazados ya vinieron a invadirnos nuestro terreno, y sí somos negros peor... dicen ahh es que estos negros

² Mezcla de barro y estiércol de vaca.

³ El nombre ha sido cambiado para proteger su identidad.

porque no se quedan dónde estaban que estos negros en todo lado andan de metidos. Porque esas son las primeras frases que uno escucha acá (Chávez Plazas, Hernández Hernández y Rangel, 2015, p. 143).

Ese testimonio, muestra la realidad vivida de una gran parte de colombianos, que han experimentado el flagelo de la lucha armada en Colombia. Andrés como muchos jóvenes colombianos, vio morir a su padre. Era solo un niño. Él es un joven muy inteligente; no recuerdo si mientras estuvo en casa fuimos amigos, ni siquiera recuerdo cuanto tiempo duró viviendo con nosotros, solo sé que ahora es egresado de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia.

Andrés no es víctima, yo no me considero víctima, somos sobrevivientes. Sobrevivientes de una guerra que no era nuestra, sobrevivientes de un estigma nacional e internacional, sobrevivientes a un abandono estatal. Es más doloroso el estigma que recibes de tus compatriotas, porque lo mínimo que esperas es que también se solidaricen con todos los colombianos que han sufrido la guerra.

No se sale de mi mente la expresión que hizo un joven que trabajaba en las playas de Cartagena. Me encontraba haciendo trabajo de campo para un proyecto de investigación en la Universidad, estaba en tercer semestre. Nos acercábamos a los vendedores ambulantes de la playa para conocer su cotidianidad. Abordé a este joven que vendía viajes a las islas de Barú y de Rosario, entre otras. Me presenté, dije mi nombre, el objetivo de la entrevista, y él me preguntó de dónde era, le respondí orgullosamente que de El Carmen de Bolívar (Por su lucha, sus paisajes, su deliciosa galleta chepa corina, por su gente amable y linda), y él me exclamo: ¡eres guerrillera!

ACCIONES ESTATALES

Es en este escenario de olvido, de estigma social, de oportunidades escasas, de tristeza, sueños rotos, pero con la esperanza viva de seguir avanzando, que el gobierno colombiano, empieza a plantearse retos, para intentar reparar a las mal llamadas víctimas del conflicto. "Yo no siento que

soy víctima, ni me he metido en el rol de víctima, sino en el plano de que se me deben garantizar mis derechos a la vida, honra y bien” (Chávez Plazas, Hernández Hernández y Rangel, 2015, p. 145).

La Ley 1448 de 2011, denominada de Víctimas y Restitución de Tierras, construyó una plataforma para la implementación de la política pública de la atención y reparación integral, a partir de los principios de progresividad, gradualidad y sostenibilidad. Además, se establecen las instituciones encargadas de su implementación (Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, UARIV), creándose así el Sistema Nacional de Atención y Reparación Integral a las Víctimas –SNARIV- en la que las entidades del orden nacional y territorial, tienen el deber de formular, implementar y monitorear dicha política.

De la misma manera se funda el Centro Nacional de Memoria Histórica, el cual tiene como objetivo reunir y recuperar el material histórico, documental y testimonial de los hechos que construyeron la plataforma a las violaciones de los derechos de las víctimas.

Lo que la historia ha ido descubriendo en relación con las víctimas, ha sido en su mayoría aportes de las comunidades en situaciones de pobreza, pueblos afrocolombianos e indígenas, contradictores, disidentes, mujeres y los niños y niñas. Por tanto, el conflicto armado en Colombia ha generado situaciones complejas de desplazamiento forzado, atentados, desaparición forzada, tráfico de estupefacientes, poco acceso a la educación, corrupción institucional, repetición del círculo de la pobreza, violencia de género, discriminación, destrucción de tejido social, inseguridad, pérdida de fuentes de trabajo rural, un campo cada vez con menos posibilidades de desarrollo, menos inversión social.

El proyecto de ley del Plan Nacional de Desarrollo 2014-2018 “Todos por un nuevo país. Paz, Equidad, Educación”, le apunta en sus objetivos a fortalecer condiciones del proceso de construcción de paz y garantizar su sostenibilidad; sin embargo, su direccionamiento estratégico se centra en el nivel nacional dejando de lado el rol y la participación de las regiones, demostrando severas contradicciones con el discurso de la “Paz Territorial” (Daniels Puello, 2015, p. 160).

Se crea además el Consejo Territorial para la Convivencia y la Paz, compuesto por representantes del Gobierno Nacional, los entes territoriales, las organizaciones sociales y el empresariado presente en la subregión, garantes de coordinar y vigilar la puesta en marcha de los acuerdos suscritos con las FARC, y el direccionamiento estratégico para la formulación, ejecución y seguimiento a los recursos de los distintos planes y proyectos, en materia de desarrollo, rural, participación política, reintegración y drogas ilícitas, durante los próximos diez años o la temporalidad definida para el desarrollo de acuerdos suscritos en La Habana (Daniels Puello, 2015, p. 154).

Con estas acciones el gobierno inicia un proceso de identificación de las personas que experimentaron el conflicto. Aparece una gran oferta de proyectos para la reparación integral. Mi madre hizo la denuncia y nos reportó en el sistema de registro único de víctimas, pero nunca me consideré víctima, creo que, si hemos tenido la oportunidad de seguir luchando, debemos aprovecharla.

ESTRATEGIAS LOCALES DE REPARACIÓN Y DESARROLLO LOCAL

En la adolescencia tuve la oportunidad de ser integrante de una ONG llamada Tierra de Hombres, donde se fortalecía la personalidad y se daban herramientas de autonomía a través de la educación. Fue una experiencia muy enriquecedora, porque era sentirme importante para un grupo de personas que trabajaban día a día generando en nosotros nuevas esperanzas. Rescato estas iniciativas, porque educar es la mejor herramienta de reivindicación que se le puede ofrecer a un ser humano.

Otra organización por la que tuve la oportunidad de transitar es la LIMPAL, trabaja con mujeres desde el año 1998 y es de orden internacional y depende de la GUIL, que es la Liga Internacional de Mujeres por la Paz. Trabaja el tema de la construcción de paz desde lo local en relación con las mujeres, empoderamiento y reconocimiento de sus derechos, desde un enfoque de feminismo pacifista que busca el tema de la reivindicación

de los derechos de las niñas y mujeres desde una perspectiva pacifista, reconociéndolas como sujetos activos y constructoras de paz en la sociedad y no solo como víctimas.

Dicha organización inicia gracias a la consolidación de un grupo base de mujeres que venía trabajando, frente a la afectación del conflicto (Atención psicosocial, empoderamiento en derechos humanos, y construcción de paz). Se soporta en el marco de la resolución 1325 del año 2000, así como en la promoción de las iniciativas locales de las mujeres lideresas, aportando a la construcción de políticas públicas, la atención psicosocial durante el conflicto y post-acuerdo a través de activismo, movilizaciones y formación. Resalto el trabajo de esta organización, ya que posibilita que las mujeres desarrollen en las comunidades jornadas de reparación simbólica, sensibilizando en temas de paz y construcción de ciudadanía⁴.

Comprendo, que solo un sujeto empoderado puede ser capaz de empoderar a otro, fortaleciendo redes que permitan la cooperación comunitaria donde se velen por los derechos, respetando las particularidades y las voces de quienes hacen parte.

En mi proceso de profesionalización como Trabajadora Social, tuve la oportunidad de formarme desde la perspectiva de género, y más que un cúmulo de conocimientos se convirtió en un potente motivo de reconocimiento, para entender, que como mujeres formamos parte importante de esta apuesta por la paz, porque he conocido y escuchado testimonios en los que el cuerpo de las mujeres también es epicentro de guerra, donde se disputa una lucha entre poderes. Desde ahí se reconoce que las mujeres tienen una afectación distinta en el conflicto, son sujetos de abusos sexuales y explotación doméstica.

Este reconocimiento, más que conocimiento, generó en mí un tipo de sensibilidad, frente a todas las mujeres que experimentan el conflicto. El día que conocí a Sara⁵, ella tenía 10 años. Su mirada me mostraba que la inocencia infantil no estaba en sus ojos, pero su rostro dibujaba una sonrisa que iluminaba a cualquiera que la veía.

⁴ Financiado por FOCUS, organización de Noruega, la cual impulsan la participación y paz en las mujeres.

⁵ El nombre ha sido cambiado para proteger su identidad.

Cuando me enteré que Sara, su madre y sus dos hermanos menores, habían sido despojadas de su hogar a causa de la violencia, entendí lo que su mirada reflejaba. Sara había sido abusada, y en ese acto le rompieron tres costillas, solo tenía 7 años. Este hecho marcó mi ser. Fue indignante saber que su madre había ido a una institución del Estado en busca de atención integral, y encontró que lo más probable era que le quitaran los niños, por no cumplir con las condiciones socioeconómicas necesarias. ¿Dónde queda el respeto?, ¿dónde queda su integridad?, ¿dónde queda su dolor?, ¿dónde está la sensibilidad? Son los cuestionamientos que indignados nos hacemos frente a este caso.

Tal vez pensarán, esta no es mi vida, pero a través de todo el proceso de reivindicación personal, he aprendido que aquellos que son los otros, los sobrevivientes, también hacen parte de este proceso propio; porque te enseña a solidarizarte con esas personas, que somos iguales, en dignidad y derechos, que han pasado por un proceso doloroso y tal vez más duro, porque cada situación es particular, es tal vez lo único que la violencia no puede arrebatar, el derecho de vivir y sentir el dolor como quieras vivirlo.

Cada persona, que ha vivido una situación de conflicto, y tenga el coraje de contarlo, es porque ha sido resiliente a tantas luchas y vejámenes sociales, y que, si hoy puede hacerlo, es porque ha superado una barrera de la vida, el dolor y el temor. “Puedo decir que el dolor más grande que se puede experimentar es saber que no se muere de amor” (García Márquez, 1985).

APUESTAS DESDE EL TRABAJO SOCIAL

El Trabajo Social tiene un gran reto en el proceso de reconciliación y paz, porque avanzar en este marco es necesario para reconciliarnos con nosotros mismos, aceptarnos y valorarnos como seres humanos para valorar y dignificar a aquellos que nos rodean. Es la única manera de poder entender la lucha de los demás. Porque no se necesita vivir y experimentar el conflicto para sentirse identificado con el otro, se necesita entender que el otro se convierte en nosotros cuando entendemos que hay una lucha por un mundo mejor y un trato digno.

En este escenario de reconocimiento del otro, la apuesta de los trabajadores sociales es de responsabilidad académica, formativa y de acción, en aras de construir procesos de desarrollo local. Un desarrollo que tenga como principio la construcción ciudadana de los sujetos, que se convierten en nuestros aliados para construir redes de cooperación, que vayan encaminadas al reconocimiento de los derechos, eliminando cualquier perjuicio por raza, género u orientación sexual; a través de relaciones horizontales y dialógicas donde los sobrevivientes narren sus vidas, dando a conocer sus vivencias, sus experiencias, sus expectativas, para conocer sus potencialidades y usarlas como base para la creación de estrategias humanitarias que posibiliten un desarrollo sostenible desde lo local usando la investigación acción participativa como propuesta.

Entender que los espacios físicos y sociales destruidos conllevan a la desintegración del tejido social, comunitario y familiar, de las identidades sociales y políticas. Por tanto, las personas que fueron víctimas y hoy son sobrevivientes cumplen un rol innegable como actores políticos. Es en este espacio donde los trabajos sobre la memoria sirven de plataforma de enunciación de demandas regionales, étnicas, de género y de grupos específicos, operando como un canal articulador y generador de prácticas e iniciativas ciudadanas.

Como trabajadores sociales, en los escenarios de atención pública debemos luchar por el respeto y la dignidad de los sujetos, quitando el rótulo de víctimas de una vez, víctimas siempre (es que he visto experiencias en el que ese discurso genera gran impacto en la toma de decisiones de las personas), o de los usuarios que necesitan un restablecimiento de derechos. Ahora bien, las peticiones de las comunidades suelen ser con inmediatez y las respuestas de las instituciones generalmente son poco eficientes debido a la tramitología y burocracia, además del poco compromiso ético que los caracteriza.

Es necesario entender que la firma de acuerdos no es el fin del conflicto, sino es la puerta para iniciar una transformación desde abajo, donde incluya a las comunidades campesinas y genere estrategias que se encaminen al desarrollo sostenible. En la actualidad muchas comunidades viven con la zozobra frente al riesgo de un conflicto armado que no ha

acabado, sino que se ha transformado; allí construyen estrategias de intervención transformadoras, en medio del abuso, la injusticia y la poca esperanza (amenazas a líderes, riesgos de desplazamiento, narcotráfico en algunas zonas, bandas criminales, etc.). Es de público conocimiento las amenazas a los líderes de El Carmen de Bolívar (Daniels Puello, 2015, p. 162).

Se debe tener una postura clara a la hora de desarrollar acciones con miras al desarrollo. Son muchas las intervenciones inspiradas en las nociones de “desarrollo y modernización” que no corresponden al respeto de la identidad cultural de muchas comunidades (Daniels Puello, 2015, p. 160). Un ejemplo es la pérdida de la cultura en las prácticas agrícola en El salado; las comunidades han dejado de trabajar la tierra por dedicarse a otras labores que rompen con la tradición agrícola de la zona, dejando de lado el enfoque intercultural de los proyectos.

Entender el desarrollo local trasciende la idea economicista, la cual es generada por las intervenciones asistencialistas que no solo atienden las problemáticas reales de las comunidades, trayendo como consecuencias la idea de satisfactores de necesidades básicas antes que un real cumplimiento de derechos.

Es preciso establecer alianzas que apunten a la resolución de conflictos, desde un enfoque inclusivo, construyendo lazos de confianza y evitando la polarización con miras a un trabajo comunitario. En el territorio, la participación en escenarios como las mesas de trabajo de campesinos, afros, jóvenes, entre otros, ha permitido ir edificando unas bases para generar capacidades en el manejo de los conflictos.

Hay que pensar el desarrollo a través de la alianza interinstitucional público-privada, generando espacios de cooperación para una responsabilidad social desde el cumplimiento de los derechos, para la gestión de estrategias de inserción laboral, como una forma de integrar a las comunidades que han quedado despojadas por el conflicto. Y que estas estrategias sirvan de base para la construcción de políticas sociales sólidas y pertinentes.

Por tanto, el escenario de guerra y violencia en Colombia debe convertirse en un marco para la intervención, y la investigación desde el trabajo social y demás ciencias sociales.

CONCLUSIONES

Las marcas que deja la violencia en nuestros corazones deben ser transformadas si queremos generar una revolución. Esta revolución hay que vivirla desde adentro, transformando el odio por perdón, el resentimiento por ganas de trabajar y brindar en otros ese anhelo de construir un mejor panorama para las personas que nos rodean y que en parte han experimentado los vejámenes que la violencia en nuestro país ha ocasionado.

Cada peldaño que se construye en nuestra vida debe permitirnos avanzar, pero con la mano del otro, ese "otro" que hace parte de la comunidad, que vive en condiciones de discriminación y situaciones de pobreza extrema, y que el sistema social lo aleja por no encajar en los estándares culturales impuestos por el enfoque economicista que cada día nos separa de la utopía de libertad que siempre hemos soñado.

La sensibilidad debe ser la plataforma de nuestro actuar social, no solo el frío hilo estandarizado de la institucionalidad que vuelve infranqueable esa línea entre la historia que cada sujeto tiene y las metas y objetivos que las instituciones deben cumplir, para mostrar indicadores efectivos en los cumplimientos de los programas, dejando de lado el sentido de los sujetos y volviéndolos meramente un objetivo de atención.

Cuando esto ocurre, la burocracia administrativa importa más que el sujeto, que es quien le da el sentido de su existencia, clasificándolo como una cifra de atención. Debemos transformar el modelo de intervención, que nos lleve a conocer la historia de vida de los sujetos, sus reales sueños, construyendo espacios de participación real que vayan al ritmo de sus capacidades y no de los cronogramas institucionales que hacen que las acciones comunitarias queden a medias.

La construcción de paz, debe estar cimentada en la convivencia, la reconciliación y el perdón, donde los diferentes actores sociales (gobierno, organizaciones público-privadas nacionales e internacionales, desmovilizados, población civil) trabajen unidos. Sin embargo, en las comunidades rurales se escucha comentarios que a mi parecer atentan contra la memoria colectiva, cuando los miembros de las comunidades expresan que ellos no van a trabajar por los miembros de otra vereda, porque ellos trabajan por los de su vereda, siendo vecinos comunitarios, que han experimentado la violencia.

Esto se suma al reto y a las ganas de seguir trabajando, por unas comunidades más humanas, donde haya un reconocimiento del otro, que poco a poco se ha ido logrando a pasos muy lentos pero firmes. Esto lo evidencio en el relato de un campesino que hace parte del Programa Familias en su Tierra, quien en una Jornada de Integración Comunitaria expresó: "Antes uno caminaba por otra vereda y lo veían extraño, la gente se asustaba porque no nos conocían, ahora aquí somos una gran familia, ya yo puedo ir a otras veredas y sé que cuento con gente allá, porque nos hemos integrado, ya no somos unos desconocidos".

Esto evidencia la fragmentación y el estigma en el que aún viven las comunidades afectadas por la violencia, pero además evidencia que los trabajos realizados con sensibilidad y empeño generan construcción del tejido social. Tenemos el compromiso de propiciar la creación y ejecución de políticas públicas territoriales, que permitan un desarrollo social sostenible, y de esa forma superar las causas estructurales del conflicto armado.

Este trabajo, debe construir una plataforma que apunte a la reconciliación, desde la mediación, la conciliación y la transformación de esas diferencias, valiéndose de la experiencia de las organizaciones sociales y populares al respecto, pasando de las conversaciones entre las élites políticas o empresariales a la variedad de actores sociales, indígenas, afros, campesinos y mujeres. A partir de un enfoque de interseccionalidad que potencie los movimientos sociales, velando por intereses conjuntos a tra-

vés de las veedurías y la creación de propuestas inclusivas, que en primer lugar propicie un reconocimiento del otro como igual, con capacidades que pueden ser la base para una sociedad de equidad y constructora de paz.

CONFLICTO DE INTERESES

La autora declara la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole. Asimismo, la Universidad Católica Luis Amigó no se hace responsable por el manejo de los derechos de autor que la autora haga en sus artículos, por tanto, la veracidad y completitud de las citas y referencias son responsabilidad de la autora.

REFERENCIAS

- Chávez Plazas, Y., Hernández Hernández, J., y Rangel, M. (2015). Paz, justicia y posconflicto: Una aproximación desde los discursos de familias víctimas del desplazamiento forzado asentadas en Soacha, Cundinamarca. *Revista Palobra*, (15), 136-150. Recuperado de <http://revistas.unicartagena.edu.co/index.php/palobra/article/view/840/775>
- Daniels Puello, A. (2015). La paz territorial en los Montes de María: retos desafíos para su construcción. *Revisa Palobra*, (15), 150-164. Recuperado de <http://revistas.unicartagena.edu.co/index.php/palobra/article/view/841>
- García Márquez, G. (1985). *El amor en los tiempos del cólera*. Colombia: Alfred A. Knopf.
- García Márquez, G. (1962). *La mala hora*. Colombia: Plaza y Yanes S.A.
- Grupo de Memoria Histórica (2009). *La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*. Colombia: Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación.